

tud con facilidad en el primero y segundo patio; despues de haber esperado algunas horas, forzó la primera puerta, llamada *de la Felicidad* (*Bab-se'adet*), y se precipitó en el patio interior. Gritó una voz: «*Queremos á Sultan-Mustafá!*» Aquel grito imperativo fué al instante repetido por la multitud desenfrenada: uno de los ulemas que se hallaban en el tercer patio, indicó el haren á los soldados; no teniendo aquel edificio puerta exterior, derribaron el tejado, y sacaron de su prision á Sultan-Mustafá: creyendo aquel príncipe que iban á asesinarlo, presentó con docilidad su cuello á los soldados: poco despues se quejó que tenia hambre y sed, siendo aquel el tercer dia que carecia de todo alimento. Los jenizaros le dieron agua, y le trasladaron á la sala del trono. Entónces se abrió una puerta del haren, y espuso al furor de los soldados al gran visir y al kyzlar-agazi, los que fueron hechos pedazos. Los amotinados obligaron en seguida á los ulemas á prestar juramento á Sultan-Mustafá, quien, demasiado débil para montar á caballo, fué conducido en coche (*kutchi*) á la mezquita de los jenizaros, y puesto bajo la inmediata proteccion de los mismos. Las puertas de la cárcel, llamada *Baba-Dja'fer* (*el presidio*) fueron hechas pedazos; los presidarios, libres ya, saquearon las casas del nuevo agá de los jenizaros, del *defterdar*, y del *Istambol-Efendizi*, (el juez de Constantinopla).

Viendo Osman los progresos de la sedicion, quiso fugarse al Asia; pero los bostandjis, que componian el equipaje de las barcas del serrallo habian huido: entónces el sultan hizo proposiciones ventajosas á los jenizaros por medio de su anciano agá á quien precipitaron de las gradas, á donde habia subido para arengarlos, y lo asesinaron. El *zaghardji-bachi*, uno de los oficiales generales del cuerpo, fué al antiguo serrallo, acompañado de algunos jefes, y recibió las órdenes de la Sultana-Validé, madre de Mustafá. Nombró gran visir á Daud-Bajá, é hizo algunos otros nombramientos.

Sultan-Osman, que habia escapado á las primeras pesquisas de los jenizaros, fué por fin descubierto en casa del anciano agá que acababan de sacrificar. Lo sacaron con violencia del sitio en que se habia escondido: estaba vestido con una túnica interior blanca, y llevaba en la cabeza un gorro pequeño (*fess*). Al mismo tiempo Huzein-Bajá, que procuraba escaparse, cayó bajo los golpes de los amotinados vencedores, y fué decapitado. El desgraciado Osman, montado en un mal caballo, y cubierta la cabeza con un turbante de un sipahi, fué conducido á los cuarteles, é insultado durante el tránsito. Al pasar por delante del cadáver de Huzein-Bajá, no pudo el desventurado príncipe contener sus lágrimas y gritó: «Este último es inocente; si hubiera seguido sus consejos, no recaeria sobre mí esta desgracia; las fatales sugestiones del khodja y del kyzlar-agazi me han hecho cometer errores.» Sultan-Osman fué confiado á la guardia del *khasseki Sari-Muhammed-Bajá* y de algunos oficiales de los jenizaros: en su desesperacion, pasaba de las suplicas á las lágrimas, y de estas á las invectivas: «¿Qué quereis hacer de vuestro padichah? dijo á los jenizaros: ¡sereis la causa de vuestra ruina y de la del imperio!» Despues, arrancándose el turbante, añadió sollozando: «Perdonadme si os he ofendido sin saberlo. Ayer era padichah, hoy no soy nada, estoy desnudo, despojado. Que os sirva de ejemplo; tambien vosotros experimentaréis las vicisitudes de este mundo.» Pero estas penetrantes palabras no pudieron ablandar á sus verdugos. A una señal de Daud-Bajá, el *djebedji-bachi* pasó un cordon al cuello de Sultan-Osman; este príncipe lo agarró con violencia y evitó la muerte por la primera vez. No tuvo mejor éxito otra segunda tentativa. A petición de Osman, compadecido su carcelero, abrió la ventana y le permitió hablar á las tropas reunidas delante de la mezquita: «Mis agás de los sipahis, les dijo, y vos, los mas ancianos de los jenizaros, padres míos, por imprudencia

de jóven he escuchado malos consejos; ¿porqué humillarme de este modo? ¿No quereis ya de mi persona? —No quereis ni tu mando, ni tu sangre,» contestaron los soldados. En aquel momento ensayó por tercera vez el *djebedji* de ahogar á Osman, sin poderlo conseguir. Mientras pasaban aquellas crueles escenas, Sultan-Mustafá, sentado en el *mihrab* de la mezquita, se estremecia á cada esplosion del nublado popular, y la Sultana-Validé tenia mucho trabajo para poderlo tranquilizar, diciendo: «¡Ven, ven, leoncito mio (1)!» La tarde de aquel espantoso dia fué instalado en el serrallo, y tomó posesion del trono. Sultan-Osman fué en seguida conducido al castillo de las Siete-Torres, en donde el gran visir, su *kiahia* Omer-Bajá, el *djebedji-bachi*, y el lugar-teniente de policia *Kalender-Oghri* (2), quisieron ser ellos mismos los verdugos de su soberano: una lucha terrible empezó entónces entre la victima y sus cuatro asesinos: Sultan-Osman, que estaba en la fuerza de la edad, y cuya desesperacion redoblaba sus fuerzas, resistió mucho tiempo; por último el *djebedji-bachi* logró echarle el dogal al cuello, y el desventurado príncipe espiró. Le cortaron una la oreja, y la mandaron á la Sultana-Validé, como trofeo de aquella horrible victoria.

Así pereció Sultan-Osman, á quien su juventud y falta de esperiencia condujeron, sin duda, á cometer faltas graves; pero que parecia destinado á renovar, por su actividad y ambicion, los tiempos gloriosos del imperio turco. A la edad de diez y ocho años habia ya reinado cuatro. La causa principal de su caída fué el proyecto que habia formado de aniquilar á los jenizaros, cuyo odio

mortal se habia acarreado. Educado por el iman *Khodja-Omer-Efendi*, era muy severo sobre los deberes religiosos; castigó mas de una vez con la última pena á los soldados que los quebrantaban sin rebozo, abandonándose á la embriaguez. Esta severidad y su avaricia le enajenaron enteramente el cariño de las tropas, que le hubieran sin duda granjeado su ardor guerrero y su destreza en el manejo de las armas. Durante el tiempo que permaneció el ejército á la orilla del Danubio, el año 1030 (1621), se divertia en tirar el arco. Un dia consiguió clavar una flecha en la orilla opuesta, esfuerzo, cuya memoria se perpetuó, erigiendo una columna en el mismo sitio donde cayó la flecha (1). Pero él mismo destruyó la admiracion que inspiraba su destreza á los soldados, atravesando á flechazos á los prisioneros cosacos, y á sus mismos pajes. Tampoco evitó el odio de los ulemas, á los que privó del *arpalyk* (2), é incomodó por algunas otras reformas. Pocos dias despues de haber subido al trono, despojó al mufti *Es'ad* de todas las prerrogativas de su empleo, no dejándole en sus atribuciones mas que el derecho de despachar los *fetwas*. Confirió despues al *khodja Omer-Efendi* la presidencia del cuerpo de los ulemas, y la precedencia sobre los *kazi-askers* y el mufti, y el nombramiento de los magistrados (*silsiletertibi*) (especie de diplomas). Los decretos severos contra el uso del vino y del tabaco indispusieron al pueblo, al que trataba con el mayor rigor y cuya conducta vijilaba él mismo ron-

(1) La costumbre de erijir una columna de mármol en los sitios en donde los sultanes se entretenian en el ejercicio favorito de tirar flechas, ha multiplicado estos monumentos en una plaza muy célebre, situada al norte del arsenal de Constantinopla, conocida con el nombre de «*Okmeidani*» (plaza de las Flechas). Aquellas columnas están adornadas con inscripciones en letras de oro, y en verso, en alabanza del príncipe; tienen un «*toughra*», y la fecha del dia en que el sultan hizo aquel grande esfuerzo.

(2) *Arpalyk*: suma de dinero percibida sobre ciertos fondos, y destinada á «comprar la cebada» para los caballos. La misma palabra debe traducirse por «*apanage*» cuando indica islas, tierras, ó rentas señaladas á las sultanas, á los muftis, y demás grandes personajes del imperio.

(1) Segun una costumbre antigua, la Validé-Sultana no llama jamás á su hijo sino con el nombre de «*leon mio*,» (*arslanem*), ó «*tigre mio*» (*captanem*).

(2) «*Oghri*,» ladrón. asesino, raptor; de esta palabra turca deriva la palabra francesa «*ogre*,» especie de monstruo, con el que asustan á los niños; y que en los cuentos fabulosos lo representan alimentándose de carne humana.

dando de noche, lo que se calificaba de espionaje.

Sultan-Osman, que se había impuesto el principio de ser cruel, no era sin embargo sanguinario: asistiendo de incógnito un día al ejercicio del djerid, uno de los espectadores lo tocó inadvertidamente; los eunucos lo prendieron y quisieron maltratarlo, pero el sultan le hizo soltar y aun le regaló cincuenta cequines.

Los historiadores turcos pretenden que varios presajios funestos anunciaron la catástrofe de Sultan-Osman; tales como el incendio del gran Bazestín en Constantinopla, el mismo año que subió al trono, la tromba, que en 1029 (1619), inundó una gran parte de la ciudad; la congelación del Bósforo, y la carestía que siguió á aquel fenómeno; la caída de las aerolitas y la aparición del cometa; en fin, el eclipse de sol, que en 1604 coincidió con el nacimiento de Osman; y el que en 1622 señaló su muerte.

Sultan-Osman fué enterrado la noche misma de su trágica muerte en el djami fundado por su padre. Ni la corte, ni el príncipe sucesor se vistieron de luto, y desde entonces ha desaparecido aquella costumbre.

A penas subió al trono Sultan-Mustafá, que ya empezaron los soldados á echar de menos á su sobrino. El 11 redjeb 1031 (22 de mayo de 1622), esto es, dos días después, se presentaron en masa los sipahis delante del palacio de Daud-Bajá y le gritaron: «¿Por qué has asesinado á Sultan-Osman, que te habíamos confiado?—Lo he muerto, respondió el gran visir, por orden del amo del mundo, Sultan-Mustafá.» Esta respuesta apaciguó por de pronto el motin. Veinte días después, los mismos sipahis, reunidos con los jenizaros, pidieron el suplicio del kaim-mekam Ahmed-Bajá, del khodja Omer-Efendi, de los agás Nazuh, Kara-Alí y Aias, y de Huzein, antiguo kiahia; todos estos funcionarios evitaron la catástrofe que les amenazaba, abandonando el país. El mismo día el kapu-agá (jefe de los eunucos blancos) fué ase-

sinado por los pajes del serrallo y colgado en la plaza del Hipodromo. La causa, ó á lo menos el pretexto de aquella muerte, fué el proyecto que habría formado el kapu-agá de hacer perecer los príncipes jóvenes. Daud-Bajá, acusado por los jenizaros y los sipahis de haber mandado esta ejecución, fué destituido. Merre-Huzein-Bajá, gobernador de Egipto, le reemplazó.

El 14 cha'ban 1031 (24 de junio de 1622), asistió Sultan-Mustafá á la mezquita, á la oración del viernes, con la mayor pompa, en contraposición con lo que hacia su sobrino, cuyo exterior descuidado en unas circunstancias tan solemnes, disgustaba al pueblo. Esta ceremonia de la plegaria pública del viernes (*salatul dji-m'a*) á la que el Gran Señor, como jefe de la religión, tiene obligación de asistir, y de la que no se puede dispensar, sino en caso de grave enfermedad, ó de circunstancias extraordinarias, fué muy descuidada por Mustafá durante su reinado, por efecto de las intrigas de los oficiales del serrallo, que querían ocultar á la nación el estado moral del sultan, en cuyo nombre reinaban ellos.

Los jenizaros, que aborrecían á Merre-Huzein-Bajá, exijeron muy pronto su destitución. El sultan les dejó la elección entre Daud-Bajá, Gurdji-Muhammed, y Lefkeli-Mustafá; no habiendo podido los soldados ponerse de acuerdo, fué nombrado el último por la Sultana-Validé, la que, cubierta con un velo, se presentó á hablar á los amotinados. Seis semanas después, el nuevo gran visir fué reemplazado á su vez por Gurdji-Muhammed, y siempre á petición de las tropas, que hacían ejecutar de este modo sus caprichos á la fantasma del emperador que ellas mismas habían colocado en el trono. La demencia de este príncipe tomó, durante su segundo reinado, un carácter todavía mas pronunciado. Unas veces, recorriendo con zozobra todo el serrallo, y pegando en todas las puertas, llamaba á su desventurado sobrino, cuyo trágico fin se le había borrado de la memoria, y preguntaba por él á cuantos encon-

traba; otras veces, pasaba días enteros sin hacer el mas mínimo movimiento, clavados los ojos al cielo, lo que le hizo pasar, en la opinión del pueblo, por un santo. Un día, se le vió entrar á caballo en una barca, y exijir á su regreso á palacio, que fuese conducida aquella barca detrás de él. Semejantes actos de demencia aumentaban cada día el desprecio de los soldados, que recordaban y echaban de menos el valor é inteligencia de Osman.

El 8 zilhidjé 1031 (14 de octubre de 1622), Khadim Gurdji-Muhammed-Bajá que habia sido portres veces kaim-mekam, llegó á ser gran visir; y por su firmeza y su larga esperiencia en los negocios prometia una administración mas duradera y respetada. La tranquilidad de la capital se habia perturbado desde algun tiempo por toda clase de desórdenes: el gran visir tomó sus medidas para contenerlos: tambien procuró devolver al estado su antiguo esplendor, é hizo venir á Constantinopla la escuadra del mar Negro, á las órdenes de Redjeb-Bajá, que habia apresado á los Cosacos diez y ocho embarcaciones y quinientos hombres: fué recibido con salvas de artillería, admitido al besamanos del sultan, y recibió un kaftan de honor. Poco tiempo despues, la escuadra del kapudan-bajá Khalil regresó de su expedición al mar Blanco; y Agá-Riza, embajador persa, vino á cumplimentar al sultan por su advenimiento al trono. Muhammed-Bajá desplegó en aquellas solemnes circunstancias toda la pompa oriental.

Sin embargo, la anárquica tiranía de las tropas asolaba el imperio, á pesar de las miras prudentes, á la par que enérgicas, del nuevo ministro. La nación, indignada contra los jenizaros y los sipahis, murmuraba sin ninguna consideración. Los gobernadores de Trípoli, de Synoria y de Erzerum, Seif-Oghlou-Yuzuf-Bajá, Abaza-Bajá se aprovecharon de aquellas disposiciones hostiles del pueblo para engrandecerse mas. Desde la muerte de Osman se declaró independiente el primero; apoyado por

la opinion pública, espulsó á los jenizaros de la provincia que gobernaba. El gran visir Daud-Bajá habia nombrado entónces gobernador de Trípoli á Ketendji-Omer-Bajá; pero Yuzuf fué conservado en su destino, desde el momento que Merre-Huzein llegó á ser gran visir. Abaza espulsó tambien á los jenizaros de Erzerum; estos, furiosos por la protección que dispensaba el kapudan-bajá Khalil á sus enemigos, se amotinaron, y fué preciso para apaciguarlos que un khatti-cherif del Gran Señor les asegurase que Khalil-Bajá no estaba iniciado en el pronunciamiento de Abaza, y que acababa este de ser destituido por orden del sultan.

En 1032 (1623), nuevo movimiento de parte de los sipahis. No pudiendo ya soportar los zaherimientos de la opinion pública, que los acusaba de ser los asesinos de Sultan-Osman, se reunieron en la misma mezquita, desde la cual fué arrastrado á la muerte aquel desventurado príncipe, y elevaron una petición al sultan suplicándole que declarase si habia dado la orden de asesinar á su sobrino, dejando en su lugar bien merecido el honor de la milicia, libre de aquella calumniosa imputación. La contestación de Sultan-Mustafá fué: «Yo no he mandado que matasen á Sultan-Osman; Daud-Bajá ha mentido; si los matadores existen aun, deben expiar su crimen.» En vista de esta contestación, Daud-Bajá y Kalender Oghri, antiguo lugarteniente de policía, fueron conducidos á las Sierte-Torres. Habiendo sido el primero condenado á muerte por el divan, y conducido al sitio de la ejecución, iba ya á recibir el golpe fatal, cuando manifestó al pueblo el fetwa de los kazi-askers, y el khatti-cherif de Mustafá, que habían declarado lejitima la ejecución de Sultan-Osman. Aquel incidente contuvo la mano del verdugo; oyese mucha gritería: «¡Detente!» gritaban los unos; «¡Mátalo!» gritaban los otros. En medio de aquella confusión arrebataron los jenizaros á Daud-Bajá, y lo condujeron á la mezquita del centro, lo revistieron con un kaftan, cubrie-

ron su cabeza con un *mudjewwezé*, y lo nombraron, por su propia autoridad, gran visir.

Gurdji-Muhammed-Bajá reunió el consejo para saber lo que habian de hacer en aquella critica circunstancia: llamado el verdugo á declarar sobre el rapto de Daud, acusó á lossipahis, cuyos oficiales desecharon con vigor aquella injusta declaracion. Reinaba en el consejo la mayor incertidumbre, y se separaron los consejeros sin tomar ninguna determinacion. El gran visir Gurdji-Muhammed se puso entónces de acuerdo con el gran chambelan, quien se quedó encargado de la ejecucion de Daud-Bajá: abandonado por sus partidarios, fué conducido á las Siete-Torres, y ahogado en la misma prision en la que habia ejercido el oficio de verdugo con la persona de Sultan-Osman. Kalender-Oghri sufrió la misma suerte, como tambien todos los demás cómplices del asesinato de su soberano, Derwich-Bajá, gobernador de Buda, y Meidan-Bey, gobernador de Gustendil. Aquellas ejecuciones, que tenian por pretexto castigar un crimen de lesa-majestad, eran en realidad fruto de las intrigas del ex-gran visir Merre-Huzein, quien aspirando á reconquistar su antiguo destino, ocupado entónces por el octojenario Gurdji-Muhammed-Bajá, procuraba organizar la revolucion contra la administracion de su antagonista. Este se retiró con motivo de otra asonada de los jenizaros y de los sipahis. El sultan dejó á la eleccion de las tropas el nombramiento de gran visir, las que eligieron á Murre-Huzein, quien compró los votos por cien mil cequines. Gurdji-Muhammed-Bajá fué desterrado á Brusa, y el kapudan-bajá Kalil á Malghara.

En febrero de 1623, y durante la segunda administracion de Merre-Huzein, pudo conseguir Cristóbal Zbarawski, embajador polaco, el concluir el tratado de paz entre su soberano y la Puerta: hasta aquella época, se habia negado constantemente el gran visir, Gurdji Muhammed, á renovar sobre las bases de las capitulaciones arregladas duran-

te el reinado del Sultan-Soliman. El embajador de Rusia ensayó en vano estorbar las negociaciones, y salió al momento de Constantinopla, muy descontento de no haber podido impedir que se firmase el tratado de paz.

Betlen Gabor, príncipe de Transilvania, mandó un embajador á Sultan-Mustafá, tres meses despues de haber subido este al trono: el enviado llevó el tributo anual, y recibió la seguridad de la proteccion y concurso de la Puerta en caso de guerra con la Alemania. El 8 de julio, el embajador imperial Kurz de Senftenau cumplimentó á Sultan-Mustafá por su advenimiento, y reclamó las ciudades de Lippa, Waitzen, Solymos y Arad. En aquella época los embajadores Harlay, Conde de Cesy, Tomás Roë y Giustiniani, representantes de Francia, Inglaterra y Venecia, se quejaron de las violencias cometidas por los jenizaros con los cónsules de estas tres naciones: debian haber pedido, de comun acuerdo, la reparacion de aquellos ultrajes; pero el plenipotenciario francés no pudo entenderse con los enviados de Inglaterra y Venecia: por la influencia de los jesuitas, pidió la separacion del patriarca Cirilo, acusado de calvinista, mientras que los embajadores de las otras dos potencias apoyaron las reclamaciones que elevaron los Griegos, relativas á este negocio.

A pesar de las concesiones que hizo el gran visir Murre-Huzein-Bajá á los jenizaros, á quienes debia su destino, no pudo, sin embargo, apaciguar el espíritu turbulento y despotico de aquellos hombres. Manifestaron por medio de repetidos incendios el disgusto que les causaba la revolucion, en la Anatolia, de Abaza-Bajá, su enemigo declarado: reunió aquel los restos del ejército de los rebeldes capitaneados por los jefes Tawil, Sa'id-Djan-Pulad, Kara-Yazidji y Kalender-Oghlou. Marchó Abaza contra Angora y Siwas, llamando á su partido á todos los sandjak-beyes del país, confiscando los bienes de los jenizaros, y haciendo perecer en el tormento á cuan-

tos caian en su poder. Murteza-Bajá, sandjak-bey de Kara-Chehir, Taiar Muhammed-Bajá, gobernador de Siwas, se incorporaron con los insurrectos: Brusa, sitiada por ellos, serindió al cabo de tres meses; pero resistió la ciudadela; y como llegaba la mala estacion, tomó Abaza sus cuarteles de invierno en el sandjato de Nikdé (1).

A todas esas causas de alarma para el gran visir Merre-Huzein-Bajá, se agregaron otros motivos de temor: esparcióse la voz que la sultana Keuzem habia formado el proyecto de colocar sobre el trono á su hijo Murad, y que Gurdji-Muhammed-Bajá entraba en aquel plan; este último y el kapudan-bajá Khalil se negaban á marchar al sitio de su confinamiento bajo pretexto de que no dimanaba la orden del sultan; además, los continuos pedidos y exigencias de los jenizaros obligaban al tesoro á hacer grandes sacrificios diarios. Para cubrir aquellos gastos extraordinarios, se redujo á moneda toda la vajilla de oro y plata del serrallo, los estribos y bridas de plata. Se amenazó á Radul, príncipe de Valaquia, de destituirlo, con el objeto que pasase el golpe mediante una suma considerable; se vió efectivamente precisado á dar treinta mil escudos para conservar su puesto. Por último, tres motines de los sipahis pusieron al gran visir en una situacion muy critica; trataron estos de compro-

(1) Los anales turcos refieren un ejemplo singular del juramento militar entre las tropas que mandaba Abaza-Bajá: los dos cuerpos de sipahis y de seymenes ó seghans se ejercitaban en la llanura de Tokat á lanzar el djerid. Algunos seymenes fueron heridos por casualidad y trataron de vengarse de los sipahis á mano armada. Abaza-Bajá consiguió apaciguarlos, y quiso sellar su reconciliacion con una ceremonia imponente: hizo colocar entre los dos ejércitos un medio círculo de madera, del que pendia un alfanje en medio de un pan y un puñado de sal: adelantáronse los jefes de una y otra parte, juraron vivir constantemente unidos, y pronunciaron, contra los que violasen aquel juramento, las siguientes imprecaciones: «Que los perjuros sean victimas de este hierro cortante, que el pan y la sal se vuelvan veneno para ellos!» Despues, para dar una satisfaccion á los seymenes, pasaron los sipahis por debajo del medio círculo, y ratificaron los juramentos de los oficiales.

meter á los jenizaros á que cooperasen á la caída de Merre-Huzein; pero estos, ganados por sus dádivas, contestaron que no tenian el derecho, lo mismo que los sipahis, de entrometerse en los negocios del estado. Contando Merre-Huzein con aquel fuerte apoyo, se entregó á la mayor tiranía: hizo dar baquetas á un beiler-bey hasta que murió; tambien sufrió un juez aquel degradante castigo: los ulemas no pudieron tolerar aquel ultraje, hecho á su dignidad, y se sublevaron. Reunidos en la mezquita Muhammedié, y bajo la presidencia de Yahia-Efendi, gran juez de Anatolia, destituido por el gran visir, dieron los ulemas un fetwa, condenando á Merre-Huzein á la pena de muerte como hereje. Quisieron obligar al mufti á que hiciese comparecer ante su presencia al gran visir, pero aquel contestó que era preciso ante todas cosas que el sultan lo destituyese de su dignidad. Merre-Huzein envió á los ulemas dos jefes de los jenizaros para intimar á los amotinados que la voluntad del padichah y la de la sultana Validé era que se dispersasen; mas aquellos enviados fueron echados de la mezquita. Queriendo los ulemas asegurarse el apoyo de los jenizaros, hicieron decirles que siendo Sultan-Mustafá moralmente incapaz de reinar, era muy urgente llamar otro príncipe para que ocupase el trono: «Cualquiera partido que tomen nuestros señores los ulemas, contestaron los jenizaros, nosotros los seguiremos.» Estas palabras persuadieron á los ulemas que podian contar con el apoyo del ejército, y fueron mas emprendedores. El nakybul-echraf (jefe de los emires ó descendientes de Mahoma), se presentó á los ulemas de parte del gran visir con un khatti-cherif; contestaron que el sultan no tenia ningun conocimiento de aquel escrito, y que no era de su puño, y echaron al nakybul. Tomaron en seguida el turbante de Ak-Chems-uddin, lo desarrollaron, y lo colocaron al estremo de una pica, haciéndose un estandarte, delante del cual recitaron el *soura* de la conquista, é hicieron ar-

rodillarse á todos los emires que pudieron reunir. Los jenizaros marcharon por la tarde contra los ulemas, quienes huyeron sin esperarlos: habiéndose quedado algunos de ellos en la mezquita de los Príncipes, fueron degollados y echados sus cadáveres en una antigua cloaca: hubo muchas destituciones en el cuerpo de los ulemas, y se reprimió la revolucion. El agá de los jenizaros, que habia contribuido poderosamente á restablecer el orden, fué promovido á la dignidad de gobernador de Egipto. Viendo el gran visir que todo le salia bien, se hizo mas cruel y sanguinario que antes. Resolvió deshacerse, por un golpe de estado, de los sipahis, sus enemigos declarados; habiéndose descubierto su proyecto por la imprudencia de una palabra soltada por un oficial de la comitiva del tesoro del gran visir, tuvo que refugiarse Merre-Huzein en casa del agá de los jenizaros; pero habiéndole faltado el apoyo de estos, que no quisieron indisponerse con todo el cuerpo de los sipahis, tuvo el gran visir que devolver los sellos al sultan, el 20 de agosto de 1623 (23 chewwal 1032). Kemankech-Alí-Bajá reemplazó á Merre-Huzein; y desde el momento en que se encargó del mando, se apresuró á reunir los principales dignitarios para concertar con ellos la deposicion de Sultan-Mustafá. Habiendo sido públicamente demostrada su nulidad, volvió otra vez aquel príncipe al interior del serrallo con la Sultana-Valide; y Murad, primojénito de Ahmed, fué proclamado emperador.

Sultan-Mustafá es el único soberano turco, á quien los historiadores nacionales no han concedido los elogios que regularmente prodigan á sus amos. Dejando el idiotismo de aquel príncipe entre las manos de los soldados el ejercicio del poder soberano, se vieron pasar de mano en mano los primeros empleos públicos, segun el capricho de los intrigantes; aquella inestabilidad en el gobierno contribuyó poderosamente á la decadencia del imperio. Durante aquel calamitoso reinado disminuyeron las rentas de la corona mas

de cuarenta y ocho millones; diez y nueve sandjacatos cayeron en poder de los Persas, subieron las contribuciones á un precio hasta entónces desconocido; la venalidad de los funcionarios llegó á su colmo: se violaban las leyes con todo descaro, numerosas exacciones, y por consecuencia natural de aquel sistema opresivo, unido á la cruel anarquía, disminuía la poblacion de una manera espantosa. En medio de aquella decadencia jeneral de las instituciones, se conservaron, sin embargo, la literatura y la jurisprudencia en un estado floreciente, debido á la influencia de los ulemas, que hicieron un gran papel, como se ha visto, durante aquel reinado.

## CAPITULO XVIII.

## SULTAN-MURAD-KHAN IV, GHAZI, HIJO DE SULTAN-AHMED-KHAN I.

Sultan-Murad no tenia mas que doce años cuando sucedió á su tio Sultan-Mustafá, el 15 zilka'dé 1032 (10 de setiembre de 1623). Fué al otro dia á la mezquita de Eiub, en donde ciñó el sable, segun costumbre, y fué recibido con entusiasmo por el ejército: el exterior agradable del nuevo sultan y su prematura inteligencia formaban un gran contraste con la debilidad física y la imbecilidad de su antecesor, lo que le atrajo todas las simpatías de la nacion. Cuando se trató de deponer á Sultan-Mustafá, el gran visir y los kazi-askers que la resolvieron entre sí, y antes de llegar á aquel estremo, manifestaron á las tropas la penuria del tesoro y la imposibilidad en que se encontraban de distribuir á los soldados el regalo del advenimiento, que importaba dos millones de sequines. Convencidos los jenizaros de la necesidad de un cambio de soberano, renunciaron á las gratificaciones de estilo; pero apenas Sultan-Murad ocupó el trono, que ya hicieron su reclamacion, diciendo que no habian concedido mas que un plazo, y exijieron imperiosamente el tributo pecuniario, por el que cada sultan compra la

adhesion del ejército. Se les ofrecieron veinte y cinco aspros por hombre, en lugar de veinte y cinco cequines; pero aquella proposicion no hizo mas que irritarlos, y fué preciso echar mano del tesoro particular del sultan para distribuirles la suma acostumbrada.

Pocos dias despues de su advenimiento, fué circuncidado Sultan-Murad, cosa que no se habia visto nunca hasta Sultan-Ahmed. Luego se hicieron varias mudanzas en la administracion del imperio. Tchchedji, antiguo agá de los jenizaros, fué nombrado gobernador de Egipto, y reemplazado en su destino por su kiahia Beiram-Agá, quien, por cúmulo de favor, casó con una hermana del sultan. Por la influencia del gran visir Kemankech-Alí-Bajá, fué destituido el mufti Yahia-Efendi, que se habia permitido echarle en cara su avaricia, y tuvo por sucesor al antiguo cheikh-ul-islam Es'ad-Efendi. Acusados los dos visires Khalil-Bajá y Gurdji-Muhammed-Bajá de haber fomentado la rebelion de Abaza, fueron presos; pero no habiendo presentado las pruebas de esta acusacion, fueron puestos inmediatamente en libertad.

A últimos del reinado de Sultan-Mustafá, el *subachi* (lugarteniente de policía) de Bagdad, llamado Bekir-Agá, habia conseguido por el influjo que le daban sus grandes riquezas y sus alianzas, hacerse superior al beiler-bey Yuzuf-Bajá. Habia enviado Bekir á Aradja y á Semewat á uno de sus oficiales, tocayo suyo, para cobrar los tributos. Habiendo llegado á su noticia que aquel infiel mandatario cobraba los impuestos por su propia cuenta, marchó Bekir al frente de cinco mil hombres. Muhammed, agá de los azabes, creyó poder aprovecharse de aquella ocasion para vengarse del *subachi*, contra quien conservaba un odio secreto. Resolvió apoderarse del hijo de Bekir, y cerrar despues al padre las puertas de Bagdad. Cometió la imprudencia de confiar aquel proyecto á Omer, kiahia del *subachi*, á quien estaba muy agradecido. Finjó Omer entrar en el

plan del agá; pero cuando quiso este ponerlo en ejecucion, le atacó el kiahia de improviso, y le persiguió hasta el castillo de Yuzuf-Bajá, en donde el gobernador tuvo cautivo á Muhammed-Agá. Vencedor Bekir de Semewat, regresó á Bagdad, y de acuerdo con su hijo, sitió á Yuzuf-Bajá porque se negaba á entregar el agá de los azabes. Se defendió el gobernador con el mayor valor, pero fué muerto de un fusilazo, y se rindió el fuerte. Muhammed-Agá, á quien habian prometido la vida, fué encadenado con sus dos hijos en un barco lleno de betun y azufre, y fué lanzado al Tigris, despues de haber pegado fuego á las materias combustibles. El cruel Bekir seguia por la orilla la barca inflamada, y no se retiró hasta que estuvo asegurado de la muerte de sus tres victimas. Apropióse en seguida la dignidad de beiler-bey de Bagdad, y escribió al sultan pidiéndole la investidura. Pero el gran visir Merre-Huzein habia dispuesto de aquel destino en favor del ex-beiler-bey de Diarbekir, Suleiman-Bajá. Hafiz-Bajá, que lo habia reemplazado en aquel gobierno, marchó contra el ambicioso Bekir. Hafiz se reunió con los beyes del Kuzdistan; y despues de haber destacado de avanzada á los bajáes Bostan y Suleiman, que fueron batidos en una accion de vanguardia, marchó en persona contra Bagdad, haciendo sufrir á los rebeldes una pérdida de cuatro mil hombres. Al otro dia de aquella victoria se preparaba á pasar el Tigris para estrechar de cerca la ciudad, cuando estalló una insurreccion en su ejército que retardó el movimiento: una gratificacion de cinco duros por plaza levantó todos los obstáculos, y Bagdad fué sitiada por el lado del castillo del *Pájaro*. Acosado Bekir por fuera por los sitiadores, y dentro de la ciudad por el hambre, no quiso rendirse; escribió á Schab-Abbas ofreciéndole entregarle Bagdad.

Schab-Abbas, que hacia mucho tiempo que deseaba encontrar una ocasion favorable para hostilizar á los Turcos, habia enviado á Kart-